

pueblo, y puede tambien lanzar de su seno, por indigno y miserable, al hijo de cien reyes. ¿Qué me importa, pues, saber del Sr. Espinosa, sino lo que todos sabemos, y es, que pertenecía, como la de Aarón, á una familia privilegiada del cielo y admirada de los hombres, en la cual nuestro Obispo tenia cinco hermanos sacerdotes, distinguidos por su saber y virtudes, y dos hermanas, esposas de Jesucristo?

Fácil es imaginarse lo que desde sus primeros años sería el hombre cuya pérdida lamentamos. Nacido en tiempos de tanta fé, de tanta piedad y sencillez de costumbres; criado entre personas, modelos de honradez y de virtud, y dotado él mismo de las mas bellas inclinaciones; natural era que esto, y los buenos ejemplos que sin cesar veía, y las divinas máximas que los autores de sus dias grababan en aquel tierno corazon, lo predispusieran á esa piedad tan grande y tan sincera, que fué siempre su rasgo mas característico, y á formar ese fondo de sencillez y pureza angelical, nunca desmentidas en los muchos años de vida que le concedió el Señor. El Evangelio quiere que la candidez de la paloma y la sencillez del niño, sean las cualidades del hombre que desea conquistar el reino de los cielos; y el Sr. Espinosa fué el hombre que retrata ese Libro divino: lo fué, sí, por completo, porque á su sencillez estaban unidas esa prudencia y viveza de espíritu de que habla tambien el Evangelio.

Era una de esas almas superiores que pocas veces se ven sobre la tierra, y en las cuales corren parejas un pensamiento levantado, que todo lo analiza y lo comprende, y un corazon en que no cabe ninguna malicia ni ninguna innoble pasion.

La Providencia, que tenia grandes miras sobre él, lo condujo al seminario de Guadalajara, y allí fué cultivada su inteligencia con exquisito cuidado, como una planta en flor, que promete ópimos frutos; y allí edificaba y atraía á todos con el aroma de sus virtudes; y allí llenaba de satisfaccion y de asombro á sus maestros, por sus progresos y la brillantez de sus talentos.

Yo no puedo, señores, seguirlo paso á paso en su carrera literaria, ni mostraros uno á uno los laureos de que fué coronado, porque es muy breve el tiempo que aquí me es dado hablar, y es muy estrecho el círculo en que tengo que moverme: no olvido, además, que no es una biografía la que debó trazar, sino una oracion que por su propia naturaleza me lleva velozmente por ese dilatado campo en que veo por todas partes al Sr. Espinosa, para que yo llegue, cuanto antes, á la contemplacion de sucesos de otro género y de otra edad. Mis propios deseos, fuera de esto, me impelen con vehemencia hácia él, para considerarlo como yo lo conocí, pues me cuesta mucho trabajo representármelo de otro modo que como un anciano de noble, venerable y simpático aspecto, en

quien se transparentaba la belleza del hombre interior; y anciano que un día, puesto yo de rodillas, ungió mis manos con el óleo santo, me admitió, á pesar de mi nada, entre los obreros del Evangelio, y me colmó de favores. Desde el cielo está viendo cuán grata me es su memoria!

Es preciso, por tanto, abreviar. Limítome, señores, á agrupar las cosas, diciendo: que era muy jóven aun el Sr. Espinosa, y ya habia andado y recorrido, en diversas direcciones, el camino de la virtud, de la verdad y de la ciencia. Si por su virtud queria ser en todas partes el último, no sucedía de hecho así, sino lo que dice el Evangelio: El último será el primero. Por su mérito y su ciencia estaba en todas partes en primera línea. Ora se le señalaba entre todos sus concollegas, para que una y dos veces pronunciara la Oracion latina con que el seminario da principio á su año escolar; ora para la panegírica de santo Tomás de Aquino; ora se le nombraba en el mismo colegio, presidente de academias de Teología, y ora para que sustentara el acto literario de esa misma facultad, dedicado á su Illmo. Obispo. La Universidad, por su parte, le confió la cátedra de Sagrada Escritura y le confirió los grados mayores de Teología escolástica, con unánime aprobacion y aplauso del claustro de doctores. El Prelado diocesano, asimismo, lo nombró catedrático de filosofía moral, primero, y despues de Teología dogmática, en el seminario. Co-

mo nadie mejor que el Illmo. Sr. Cabañas conocia el valer del Sr. Espinosa, despues de elevarlo al sacerdocio y de tenerlo á su lado como familiar, por espacio de siete años, le dió las comisiones mas honoríficas é importantes: ya le encargaba la direccion del colegio clerical; ya la del de niñas de San Diego; ya lo nombraba promotor de la fé; ya visitador de las parroquias y de los establecimientos de enseñanza, y ya, en fin, utilizaba de mil modos, las relevantes dotes y la vasta instruccion de ese hombre eminente.

Yo no hablaria aquí del Sr. Espinosa, como sábio, en toda la acepcion de la palabra, si su sabiduría hubiera sido esa que de tal califica, y de la cual tanto gusta, el mundo; esa que siendo profana absolutamente en sus fuentes, y bastarda en sus miras y en sus fines, podrá acarrear sobre quien la posea cuanta gloria humana se quiera; pero la gloria humana, ¿qué es, en suma, sino humo que bien pronto disipa el viento? La Iglesia católica solo puede aproximarse al borde de una tumba, y elogiar con su acento inmortal, cuando el que allí descansa alcanzó esa sabiduría de que hablan las divinas Letras, la que viene de lo alto de los cielos, la que emana del Padre de las luces: *Sapientia desursum descendens*: únicamente entonces canta la Religion, en honra del sábio, las magníficas palabras de los Proverbios: Loor á tí, porque la sabiduría te ha

exaltado: ella te cubrirá de gloria imperecedera: *Exaltavit te sapientia; glorificaberis ab ea.*

Tal fué la sabiduría que anheló con tanto ardor y consiguió el Sr. Espinosa. Justo es, por tanto, que hagamos hoy mencion de ella. Su espíritu, naturalmente recto y elevado, halló que solo la verdad católica satisfacía las infinitas aspiraciones de su inteligencia, y que solo la verdad católica puede hacer la felicidad temporal y eterna de los hombres y de los pueblos. De aquí, en primer lugar, su amor sin límites á la Iglesia, y de aquí, en seguida, el que le consagrara todas sus vigiliass, toda su vida, buscando en la misma Iglesia la ciencia de Dios, para defenderla y propagar sus salvadores principios por todas partes.

Esto explica su pasion veheméntissima por el estudio. ¿Sabeis lo que buscaba al remover cuidadosamente dia y noche, esos monumentos literarios de la antigüedad cristiana, que hoy poco conoce, ni tiene fuerzas para tocar siquiera, una generacion ligera y superficial, á pesar de que son las obras mas gigantescas del talento humano? Buscaba para su inteligencia y su corazon los inmensos tesoros que allí se encuentran, mas ricos que el oro y las piedras preciosas, y buscaba las armas del mejor temple que allí se guardan, sin empañarse ni romperse nunca, para sostener con ellas la verdad del Catolicismo. En los Padres de la Iglesia, en los Concilios, en la Historia, y sobre todo, en la santa

Escritura, bebió á raudales ese profundo saber de que dió tantas muestras, y que le alcanzó un renombre tan alto entre sus contemporáneos. El, empero, no buscaba nombradía ninguna. ¡Oh no! Su alma jamás abrigó el deseo de la celebridad, ni el de su engrandecimiento personal: sus deseos, su ambicion eran mas elevados y mas grandes que los mas altos puestos de la tierra: queria ganar un reino, el reino de los cielos, luchando el buen combate de que hablan los Libros santos, y conquistando almas para Jesucristo. A fin de apartarlas del error, oireis del Sr. Espinosa que, como *centinela de Israel, jamás tomado por el sueño*, levanta mejor que nadie su voz en lo mas recio de toda batalla, sostenida por los defensores de la fé.

Allá en lejanos días, observa que, en medio de una sociedad como la nuestra, eminentemente religiosa, comienzan á propalarse por ciertos espíritus turbulentos y mal intencionados, las perniciosas doctrinas que habian poco antes derrumbado tronos, altares é instituciones en la vieja Europa y sembrado su suelo de cadáveres, de indecible desolacion y de toda especie de males; y al punto se pone, el Sr. Espinosa, al frente del "Defensor de la Religion," semanario católico, en que campean la lucidez y la fuerza incontrastable de los razonamientos, el acento de la conviccion y de la verdad, los mas sólidos y vastos conocimientos, y sobre todo, el espíritu de energía y de caridad que exige la

Ley evangélica, *spiritus fortitudinis et dilectionis*, hacía los hermanos extraviados.

Ah! ¡Y cuánto bien hizo, y por cuanto tiempo, aquella publicación religiosa! ¡Cuánta luz derramó del uno al otro confín de nuestro país! ¡Cuán ciertos golpes descargó sobre el error y la mentira, arrancándoles los atavíos y la máscara con que se presentaban para ocultar arteramente sus perversas tendencias y su repugnante fealdad! Y mas que todo, ¡cuántos espíritus afirmó en sus creencias, cuántos libró de perderse en el abismo de la duda, y cuántos atrajo, perdidos ya y desatentados, al camino de la verdad! Era una mano muy hábil y firme la que dirigía aquella obra, empuñando la enseña de la fé. “El Gran Dios, como dice el Eclesiástico, habia llenado al caudillo del espíritu de fortaleza y de inteligencia, y hacia que sus palabras, rebosando sabiduría, cayesen sobre las almas como suave rocío del cielo.” No morirá por eso su memoria..... La Iglesia le tributará alabanzas. *Non recedet memoria ejus...Laudem ejus anuntiabit Ecclesia.*

Y positivamente, si alguien merece las alabanzas de la Iglesia, por los servicios que le prestó, defendiendo sábiamente su causa, que es la santa causa de la verdad, es sin duda el Illmo. Sr. Espinosa. No en esa sola produccion de que he venido hablando, ni solo en aquella época lejana á que me he referido, combatió victoriosamente, sino despues tambien, y siempre, hasta el fin de su vida. Adelante tal vez

señalaré otros de sus numerosos escritos. Por ahora recordad que uno de sus mas brillantes tímbrs de gloria, es el haber sido de los primeros, de los mas antiguos campeones que en México se presentaron ante la barra del escritor público, para defender con grande aliento la fé de nuestros padres, permaneciendo de pié en su puesto por medio siglo.

¡Qué diferencia, señores, entre los llamados héroes del mundo y los héroes de la Religion! Estos, en las luchas de la palabra y de la fé, conquistan por fin los espíritus, sin arrancar ni una lágrima de dolor ni llevar el luto y el exterminio por todas partes, sino al contrario, derramando un bálsamo de inefable consolacion y ventura en los corazones; mientras que aquellos, en la guerra de la materia y de la fuerza bruta, siembran su camino de sangre y de miembros palpitantes.....

¡Glorioso batallador de Jesucristo, dormid en paz! Vos que anduvisteis siempre por el camino de la verdad, al llegar por fin á la region de los muertos, para descansar de vuestras fatigas, pudisteis decir, con toda exactitud: “Ahora, Señor, vuestro siervo reposará tranquilo...” “He acabado mi carrera de defensor de la fé: no resta ya sino que me deis la corona de justicia que ornará mis sienes!.....” *Cursum consummavi; fidem servavi.*

Pero apartemos, á nuestro pesar, por un momento más, nuestras miradas de ese féretro en que